

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

Año 14, Número 84 – Enero febrero 2014

## Índice

<b>El meditador.....</b>	<b>1</b>
<b>El príncipe y el pastor.....</b>	<b>3</b>
<b>Ver a dios en todas las cosas.....</b>	<b>6</b>
<b>Reflexiones sobre el autocontrol.....</b>	<b>9</b>
<b>Enseñanzas de los Bhakti Sûtras.....</b>	<b>11</b>
<b>La alegría de la caverna.....</b>	<b>12</b>

## El meditador

Era chino, y años atrás había llegado a la India en busca de sabiduría. Se llamaba Lun Tu, y toda su pertenencia era una alforja llena de hierbas extrañas.

—Mis hierbas no curan —solía decir a quienes le preguntaban acerca de ellas. Y luego agregaba:

—Ellas tienen otro destino.

Y luego continuaba pacíficamente su camino.

Cierta vez llegó al Ashram del Guru Varayam, un Maestro devoto del Señor Vishnu. Lun Tu se postró varias veces ante él, agradeciendo a la vida por el milagro de estar frente suyo.

Habiendo sido adoptado como discípulo por el Guru, Lun Tu permaneció junto a él por mucho tiempo, sirviéndolo y aprendiendo acerca del Sendero Espiritual.

Un día Varayam le dijo:

—Has aprendido suficiente. Regresa ahora a China y sigue el Camino Espiritual sin desviarte.

El Camino Espiritual, según su Guru Varayam, era uno solo: la meditación constante en el Divino Padre.

Lun Tu era un discípulo perfecto, de modo que aprendió muy bien esta sublime enseñanza. Y como le pidiera su Maestro, luego de despedirse de éste con amor y reverencia, emprendió el viaje hacia su tierra natal, llevando consigo su bolsa de hierbas, que al parecer eran su única pertenencia en este mundo.

China se hallaba muy lejos y era largo el viaje. Así fue como sus sandalias conocieron innumerables caminos. Anduvo por bosques y montañas, por aldeas y ciudades, por riberas y selvas, y eran muchas las personas que se acercaban hasta él, pero nunca permitía que nadie lo distrajese de su único afán: la meditación en el Señor.

De tanto en tanto, como es de suponer, algún curioso, al verlo sentado bajo un árbol, o a la vera de un camino, se acercaba hasta él con diversas preguntas.

Cierta vez, un vendedor ambulante de chapatis —una clase de panecillos hindúes—, lo vio y sintió gran curiosidad, lo cual era bastante comprensible, ya que Lun Tu era un chino vestido como Sannyâsin hindú que se hallaba meditando bajo una higuera.

El vendedor le dijo:

—Dime, ¿quién eres?, ¿y qué haces vestido de Sannyâsin?, ¿de dónde vienes?, ¿en qué meditas?

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

Lun Tu permaneció en silencio.

El vendedor de chapatis dijo entonces:

—¿Acaso no sabes hablar? ¿No has oído mis palabras?

Como vio que se trataba de alguien muy insistente, Lun Tu le sonrió y extendiendo su mano le ofreció una de las misteriosas hierbas que llevaba en su alforja.

El vendedor dijo:

—¿Y ahora por qué me alcanzas esas hierbas?

Lun Tu no contestó, pero insistió en que tomara la hierba que le alcanzaba.

—¡Estas hierbas están ya secas! —replicó el vendedor de mal humor. Pero de todos modos, las tomó y las estrujó entre sus manos, llevándolas luego a la nariz, para ver si aún les quedaba algún perfume que permitiese saber de qué hierbas se trataba. Hacerlo y huir corriendo rápidamente fue todo uno.

Luego, Lun Tu, retomó su meditación que había sido momentáneamente interrumpida.

El vendedor de chapatis nunca más volvió a molestar a Lun Tu.

La verdad es que esto acontecía con muchos de los curiosos que se acercaban a Lun Tu. Esa era la razón por la cual Lun Tu, podía permanecer solo, meditando como le enseñara su amado maestro Varayam, sin que nadie lo interrumpiera con sus preguntas o sus conversaciones vacías.

Pero... ¿qué eran esas hierbas?, ¿y qué propiedades poseían?

Cierta vez, Lun Tu, mientras hablaba con su Señor, dijo las siguientes palabras:

—Soy esclavo de mi ignorancia. Necesito Verte en mí, Padre del Mundo, y hasta que no logre hacerlo, menester es que me defienda como pueda de otros ignorantes como yo, que movidos por la curiosidad, vienen a interrumpir los deberes de mi corazón, los cuales son nombrarte constantemente. Este corazón mío aún duerme, aún permanece inconciente de Ti. Es cierto que late, pero todavía es sólo una máquina de hacer vida; mi esfuerzo deberá convertirlo en ave dispuesta a abandonar el tiempo, para sumirse en la Eternidad que eres Tú. ¿No diste garras a tus hijos los tigres, para que se protejan de sus agresores? Toda criatura Tuya se halla cuidada por Ti. Yo también me hallo cuidado... con algunas humildes hierbas poseedoras de flores Li Hu. Ellas no hacen mal a nadie, y su perfume es sabio, es inteligente. A los que no poseen inclinación por lo Divino, a quienes Dios les resulta indiferente, el aroma de las flores Li Hu los aparta del sendero de aquellos que han puesto su corazón en el Celeste. Los magos de la corte de Shien, la Corte de mi venerable padre el Rey, me las dieron como protección para mi camino de Discípulo. Son flores que nacen en las cumbres de la sagrada montaña de Kio. Los ángeles del cielo son quienes las cuidan y celan, para que protejan a las almas humildes, deseosas de cruzar el mar de la manifestación, en busca de la playa donde mora el Gran Inmanifestado...

Y Lun Tu, el enamorado del Cielo, prosiguió su camino, con las flores Li

Hu en su humilde bolsa, y el recuerdo constante del Señor, en su corazón.

*Ada Albrecht*

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## El príncipe y el pastor

*Por Ada Albrecht*

Mahasattva era un joven talentoso. Considerado así por sus maestros y profesores, su

mente era capaz de abrir las puertas de casi todos los problemas racionales. Con extrema facilidad aprendió matemáticas, astronomía y una gran cantidad de otras ciencias.

Ciertamente, Mahasattva era casi un genio. Único hijo del Maharaja de Gukor, pequeño reino situado a los pies de los Himalayas, había sido encaminado por su padre, el Rey Tamoguna, hacia el mundo de la lógica, de las metódicas disciplinas, imprescindibles para que la mente se compenetrara con el mundo de las ciencias.

Tamoguna había prohibido terminantemente a los maestros de su hijo que le hablaran de Religión, de poesía y otras de esas “trivialidades” —como las llamaba— que en su opinión sólo servían para anarquizar el pensamiento. Nunca, en sus jóvenes quince años, Mahasattva había escuchado el sonido de una vina o el verso de un poeta. No existían Templos en el pequeño reino de Gukor, ya que éstos habían sido convertidos en laboratorios o bibliotecas científicas.

Cierta vez, Mahasattva fue a visitar un bosque cercano con sus preceptores. Buscaban nuevos vegetales para clasificar. Mahasattva se internó, por un senderillo, y comenzó a escuchar algo desconocido por él hasta ese instante. Era la música de una flauta.

—¡Qué sonido maravilloso! —se dijo, y añadió emocionado:

—Ni las voces de los pájaros, ni el susurro de la brisa de abril, poseen una dulzura semejante.

Buscando aquí y allá, descubrió que dicho sonido se producía a través de un instrumento que se hallaba en las manos de un joven pastor. Este lo miró alegremente. Por su parte, Mahasattva sentía que su corazón rebosaba de una extraña felicidad al contemplarlo.

—¿Quién eres?, ¿qué haces?, ¿y dónde vives? —preguntó Mahasattva.

—Soy el hijo de Dios, canto a Dios y me esfuerzo por vivir en Dios —dijo sonriendo el pastorcito.

—¿Es Dios un rey como mi padre Tamoguna? —preguntó Mahasattva con toda inocencia.

El pastorcito rió, festejando lo que consideraba una alegre ocurrencia de su interlocutor.

Dios, mi Padre, es un mendigo. Sentado en los umbrales de la vida, pide siempre a los que pasan la limosna de un corazón

—o sea, de un sentimiento espiritual—, para enamorar a las almas de la Luz Divina. Cuando recibe una de esas benditas limosnas, todo el universo se estremece, hay más brillo en el sol y la luna, es más hechicero el perfume de rosas y lotos. Mi Padre también es Rey, y también es músico y poeta. Los latidos de Su Corazón viven en los Textos Sagrados, y Su aliento es la vida de cuantas criaturas existen en el mundo. A

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

menudo, toma la forma de los campesinos que aran la tierra. Entonces, Él habita en sus manos, desmenuza los terrones entre sus dedos y planta las semillas en la Madre Tierra. Otras veces, mi Padre es soldado que lucha en los campos de batalla del espíritu. Desaloja las sombras de las ambiciones que habitan en la mente humana; otras es marino y cruza en su nave de Conciencia el mar de las efímeras ilusiones mundanas rumbo al país de la Suprema Realidad, que es el Suyo. Mi Padre es todo eso, y mucho más.

—¿Y tú, quién eres? —preguntó el pastorcito.

Mahasattva quedó en silencio por un instante. Lo que acababa de escuchar lo llenó de asombro.

—Yo soy... yo soy... —pero no pudo terminar la frase, porque el llanto, como un manto gris, cubría su corazón. Luego dijo:

—No puedo decirte quién soy, porque ahora que he escuchado cuanto me has dicho, he perdido mi propia identidad, me he olvidado de mí mismo. Estoy frente a ti y sólo sé que anhelo con toda mi alma conocer a tu Padre. Te ruego, por favor, ¿podrías llevarme hasta Él?

—No —dijo el pastorcito, que siempre sonreía—. Él está en ti. ¿Cómo puedo llevarte hasta Él, si Él ya se encuentra en tu corazón?

Luego de pronunciar estas palabras, y como por arte de magia el pastorcillo desapareció, y todo quedó en silencio. Mahasattva no salía de su estupor.

¿Había sido su imaginación? ¿Se había vuelto loco? ¿Cómo era posible que tan súbitamente desapareciera algo que tenía visos de innegable realidad?

Sin embargo —haya sido una ilusión o no— en lo profundo de su ser sólo permanecían vívidamente las palabras que le dijera el pastor: que un tal “Dios” vivía en su corazón.

Tan profundamente penetraron esas palabras en su corazón que decidió no regresar con sus preceptores.

Mahasattva siempre había sido respetuoso con su padre Tamoguna, y siempre había obedecido todos sus consejos. Pero ahora —a pesar del cariño que sentía por su padre— seguiría otro camino, pues de algún modo debía hallar al Padre del pastor.

Así pues habiendo tomado resueltamente su decisión, se internó en el bosque con un solo y fervoroso anhelo en su corazón: conocer al Padre del pastor. Lo único que deseaba era abrazarse a Él con toda su alma, ser mendigo con Él, grumete de Su barco, humilde azadón entre Sus manos cuando éstas araban la tierra.

Abandonó pues el reino y se dijo que no regresaría hasta lograr su cometido.

Luego de un largo viaje halló una cabaña abandonada que años atrás había albergado a un guardabosque. Permaneció refugiado allí por largo tiempo. Los días y las semanas pasaban lentamente.

—No descansaré hasta hallarme frente al Padre del pastor —se decía una y otra vez—. El pastor me ha dicho que vive en mí, más, ¿cómo descubrirlo?, ¿qué camino debo tomar para llegar a Él?

Con estas preguntas en su mente fue olvidando poco a poco sus libros, y la vieja curiosidad que le impulsaba a estudios y análisis constantes lo fue abandonando. Su

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

vida era sencilla, contemplaba las maravillas del bosque, sus grandes árboles, sus arroyos y sus flores. Se alimentaba con frutos silvestres y permanecía en quietud. Después de un tiempo se acostumbró a sentarse en silencio a las orillas de un sereno estanque de lotos cercano a la cabaña.

Cierta vez tuvo allí un extraño sueño. En él vio que cuanto le rodeaba había adquirido el don de la palabra.

—¿Han visto —preguntó en sus sueños a los lotos del estanque— al Padre del pastor que lleva una flauta entres sus manos, y que es el hijo de un tal Dios?

¿Han escuchado su melodía?

—Todos los días escuchamos su canto, y es por eso que florecemos —respondieron los lotos.

Luego preguntó a las mariposas, a los pájaros, a los grandes bayanes, si habían visto pasar al joven pastor, y todos ellos le respondieron afirmativamente.

—Sin su música —dijo un pino joven

—no podríamos elevar nuestras copas, ni generar hojas ni frutos. El color esmeralda de nuestros cuerpos es creado por ella.

¿Por qué lo preguntas? ¿Es que acaso no sabes? El universo entero florece como un nenúfar en la infinita fuente del espacio sólo al conjuro de la melodía que emerge de la flauta del pastor. Ninguno de nosotros podríamos vivir sin ella.

De pronto, como la luz de un relámpago que en un instante ilumina todo el universo, Mahasattva lo comprendió todo. Ese “tal Dios”, era la Inteligencia Universal, el Señor Creador de cuanto existe, era la misma Eternidad, el Ser Inconmensurable del cual naciera la Vida. El corazón de Mahasattva latía en el cielo, y su felicidad no tenía límites. Pero quiso saber más: quiso saber quien era el pastor.

—Es el Amor —dijeron a coro los altísimos abedules, las magnolias gigantescas, y las florecillas tímidas escondidas bajo las matas que enmarcaban los caminos.

—¿Es el Amor! —dijo el mundo entero—. La existencia nuestra es Su Danza, Él vive en nosotros y nosotros en Él, porque lo amamos y nos ama. Siendo dichosos cumplimos Su voluntad, muriendo cumplimos Su Voluntad. Ese es el Secreto de la Felicidad: la absoluta Fe en Él.

—Entiendo ahora —pensó el hijo del rey Tamoguna—, por qué el pastor me explicó que su Padre, Dios, estaba en Mí, y es porque Él mora en todas las cosas, en todas las criaturas de Su mundo.

Y Mahasattva, el que fuera príncipe del pequeño reino de Gukor, abandonó por siempre el efímero mundo del Samsara, la Gran Ilusión. Al despertar de ese estado maravilloso junto al estanque, había hallado a su Verdadero Padre, el Señor de la Vida, a Quien desde entonces y para siempre, adoró y reverenció con todo su corazón.

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## **Ver a dios en todas las cosas**

*Por Claudio Dossetti*

Una historia de un santo y un Rey

Dios se halla presente en todas las cosas. No existe nada en cuyo corazón no habite Dios. Todas

las criaturas son la imagen viviente del Divino Señor, ya que, como nos enseñan los Sabios Videntes: todo es Dios.

Cuanto más amor sentimos por el Señor, más lo vemos en todas las cosas, y menos vemos las diferencias. Las pequeñas rencillas que existen entre los seres humanos desaparecerían instantáneamente si fuésemos capaces de contemplar al Señor en el corazón de nuestro prójimo. El Camino Espiritual consiste en contemplar lo Uno, y dejar a un lado lo múltiple; en otras palabras: cuando veo a mi hermano humano debería contemplar a Dios en él, y no las diferencias que lo separan de mí, tales como nombre, edad, pensamientos, recuerdos, carácter, color de piel, etcétera.

Ver a Dios en todas las cosas ha sido la meta de los enamorados del Señor desde los tiempos más antiguos. Hay muchas enseñanzas e historias que nos hablan sobre ello. Narremos al respecto un cuento de la tradición hindú. Dice así: (La presente historia ha sido traducida y adaptada del libro *Rambles in Vedanta*, de B.R.Rajam Iyer, escrito hacia fines del S. XIX.)

Había una vez un poderoso Rey que gobernaba sobre un extenso territorio pleno de bellos bosques y cantarines arroyuelos. Él poseía buenas virtudes tales como la generosidad, la veracidad y el amor por la espiritualidad. Pero también era presa de algunos defectos, tales como la iracundia y el orgullo.

Cierta mañana salió a dar su paseo diario en su carruaje de oro y piedras preciosas. Mientras recorría las afueras de su ciudad capital, pudo ver que a las orillas de un apacible río se hallaba meditando un santo anacoreta.

El Rey se acercó y le dijo:

—Veo que eres un alma entregada a la contemplación de Dios. Es mi deseo ofrecerte un presente como muestra de mi admiración.

El anacoreta le respondió sonriente:

—Si darme un presente te hace feliz, lo aceptaré gustosamente.

Entonces el rey llevó hasta su palacio al sabio, quien realizó el viaje con santa serenidad y paz.

El Rey dijo:

—Acepta este precioso chal, el cual es muy abrigado, y ha sido confeccionado con las más exquisitas telas, bordado con hilos de oro, decorado con gemas preciosas, y elaborado por sabios artesanos.

El sabio le respondió:

—Gracias por tu presente. En verdad es muy bello.

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

Luego de bendecir al Rey, el anacoreta abandonó el palacio, y con el nuevo chal sobre los hombros, se encaminó nuevamente hacia lugares solitarios, a fin de continuar meditando en el Señor.

Pocos días después, peregrinando por un bosquecillo cercano, el sabio vio a una anciana muy pobre sentada debajo de un árbol. Se trataba de una mujer paria, es decir, pertenecía al orden social más bajo de la India.

El sabio se dio cuenta de que ella sentía mucho frío, y que carecía de ropas adecuadas. Entonces, quitándose su chal, le dijo con profundo amor:

—Querida señora, acepte este chal. En verdad es muy abrigado, y me haría feliz si lo recibe.

La buena señora al comienzo dudó porque era una prenda excesivamente lujosa para ella, pero el monje insistió una y otra vez hasta que ella aceptó.

Luego se despidieron y el sabio se marchó feliz.

Al día siguiente, uno de los ministros de la corte se enteró de lo ocurrido y rápidamente fue a ver al Rey, a quien le dijo:

—Mi Señor, lamento informarle que usted ha sido gravemente insultado por el anacoreta al cual regaló un precioso chal pocos días atrás. Ese anacoreta lo despreció entregándoselo a una mujer vagabunda, y como si eso fuese poco,

¡de la más baja casta!

El Rey, que tenía por defectos el orgullo y la iracundia, se enfureció en ese mismo instante al sentir que había sido despreciado, y con los ojos desorbitados ordenó:

—¡Traigan ante mi presencia a ese monje despreciativo atado de pies y manos! ¡Voy a darle una buena lección que nunca olvidará!

Inmediatamente los soldados salieron a buscar al sabio. Poco después lo encontraron, lo apresaron, y lo llevaron al palacio en un carro.

El sabio realizó el viaje con la misma serenidad y paz con la que lo había hecho la primera vez.

Cuando estuvo frente al trono del

Rey, éste le dijo de un modo agresivo:

—¡Voy a hacerte una pregunta! El santo respondió lleno de paz:

—Dime, mi buen Rey. Entonces el Rey le dijo:

—¿Dónde está el precioso chal que te regalé? ¿Qué has hecho con él? ¡Yo quería mucho a ese chal y te lo regalé con amor! ¡Exijo que me digas qué has hecho con él!

El santo respondió pleno de bienaventuranza:

—Mi querido Rey, se lo ofrendé a la Divina Madre del Universo, que tenía mucho frío en el cuerpo de una pobre mendiga, la cual era uno de Sus infinitos hijos. Y además, mi buen Rey, la Divina Madre misma te ha bendecido eternamente con gran amor por tu hermoso, delicado y muy abrigado chal.

El Rey —que poseía un buen corazón, y tendencias espirituales— quedó paralizado con esta respuesta. En una fracción de segundo pudo ver la Verdad, es decir,

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

la Absoluta Existencia de Dios en todas las cosas. Todo enojo desapareció, todo mal recuerdo se borró de su mente, y sólo quedó la Luz del Señor. Casi inmediatamente cayó a los pies del santo, y se puso a llorar desconsoladamente. Lágrimas de dolor brotaban de sus ojos por haber maltratado a un alma divina e iluminada. Pero al mismo tiempo, derramaba lágrimas de felicidad por haber escuchado las palabras del santo, que le revelaban la Presencia de Dios en todas Sus criaturas.

El Rey, que acababa de dar un importante paso hacia Dios, movido por un sincero arrepentimiento, pidió perdón al santo desde lo más profundo de su corazón.

Y el santo lo bendijo nuevamente, desde el Corazón Mismo de Dios.

Luego el santo se despidió afectuosamente del Rey, abandonó al palacio, y se marchó otra vez en busca de lugares apacibles, serenos, donde poder seguir meditando en Dios.

\* \* \*

Para el verdadero Sabio, todo cuanto oye, y todo cuanto hace es Dios, y sólo Dios.

Dice el Shruti: Yadyatpasyati Chakshurbhyam Tattadatmeti Bhavayeth, esto es, “Todo cuanto el hombre santo ve con sus ojos, es Dios y sólo Dios”.

\* \* \*

Que Dios, Nuestro Señor, nos guíe en el Sendero que conduce a la Visión Divina.

Que cuando veamos una fruta, un árbol, o cualquier criatura viviente, podamos ver en ella siempre a Dios.

Que por la mañana, cuando nos despertamos, tengamos a Dios como nuestro primer pensamiento. Y que a la noche, antes de acostarnos a descansar, tengamos a Dios como nuestro último pensamiento.



---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## **Reflexiones sobre el autocontrol**

*Por Agustín Balbontin*

Sin duda este tema que juega un papel relevante en el camino del develamiento espiritual del ser humano puede ser enfocado desde diversas perspectivas. Las conclusiones derivadas de estas visiones pueden, algunas veces, parecer contradictorias. Sin embargo, si se las considera no en su significación absoluta sino como pautas funcionales orientadas al despertar de nuestra conciencia espiritual y que requieren de un recto discernimiento para escoger su adopción, se llega a la comprensión de que carece de sentido la comparación de estas perspectivas y consecuentemente deja de existir la imaginada aporía.

Se hace presente en mi recuerdo la enseñanza que nuestra Maestra espiritual incluyera en Filosofía Final cuando nos dice que sabremos que hemos escogido la senda correcta en la tarea de transformación de nuestras impresiones mentales si se debilita en nosotros el sentido de “lo mío”, si disminuye nuestra agresividad, nuestro anhelo de poseer y dominar y, por el contrario, será aconsejable un autoexamen y la revisión de nuestra elección, si acrece nuestra vanidad, nuestra soberbia, nuestra sexualidad, si nuestro corazón se endurece y se hace más indiferente o más insensible frente al dolor de nuestro prójimo.

Aunque la tarea de controlar abarca nuestra existencia en toda su extensión, sólo haré referencia en el presente comentario a lo que se refiere al control de nuestra mente, el cual constituye la base para su aplicación exitosa en todos los otros aspectos de la vida.

En el Capítulo Sexto del Bhagavad Gîtâ se nos señala reiteradamente las dificultades extremas de este control y la simple manera de lograrlo. Así nos dice que para subyugarla bastan el esfuerzo sostenido (la práctica constante) y la carencia de pasiones (la quietud interior producto del desapego) (B. Gîtâ VI, 35).

Sin embargo, esta carencia de pasiones irá progresando en la medida que la concupiscencia, es decir, el deseo que en todas sus manifestaciones nos aleja de Dios y nos arrastra hacia el mundo exterior, vaya extinguiéndose en nuestro corazón. Nos dice el Bhagavad Gîtâ: “Los sentidos, la mente y el discernimiento son su sede y al envolver a la Sabiduría pervierte al morador del cuerpo” (B. Gîtâ, III, 40). Pero la tarea de interiorización tiene un orden y así continúa diciendo: “Subyuga primero los sentidos y extirparás esta causa de pecado desviadora de Sabiduría y Conocimiento” (B. Gîtâ, III, 41). Este trabajo debe ser realizado con paciencia y humildad, tal como más adelante nos muestra el mismo Canto del Señor: “Quienes sin orgullo ni obcecación han vencido el vicio de la concupiscencia y moran constantemente en Dios, apaciguados sus deseos, y libres de los pares de opuestos que se llaman placer y dolor, ellos huellan libre de ilusión aquel Sendero indestructible” (B. Gîtâ, XV, 5).

Esta tarea del autocontrol está tan íntimamente conectada con el propio camino espiritual que en términos prácticos es casi imposible separarlos. El autocontrol es esencialmente amor y devoción a nuestro Padre Celeste y sólo puede ejercerse desde el corazón. Si el autocontrol nace como advierte el sabio Narada en los Bhakti Sutras, “de una codicia o lujuria espiritual, es decir, algo que se busca obcecadamente”, aunque llegara a ser exitoso, sólo tendrá como resultado un fuerte crecimiento de nuestro ego personal y nos alejará del Señor, y puede llegar a ser un mayor obstáculo en nuestro Camino. Así para un fructífero autocontrol será necesario que nuestra conciencia no se

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

pose en nuestro ser personal sino en la semilla del discernimiento que se esfuerza por brotar como una tierna planta en el suelo de nuestro corazón, y que es necesario regar día a día con el agua límpida de nuestra devoción y de nuestro servicio inegoísta. Nos dice el Bhagavad Gîtâ: “Cuando a menudo la mudable y veleidosa mente se desvíe, refrénela y sojúzguela bajo el dominio de la Conciencia Divina” (B. Gîtâ, VI, 26).

Creo que todos en más de alguna oportunidad al intentar aquietar nuestra mente para meditar o simplemente para contemplar o sentir la presencia de Dios en el Universo que nos rodea, en la armonía de la naturaleza, o en la belleza de la música, hemos experimentado la tremenda dificultad de su constante agitación y de los múltiples pensamientos que sucediéndose unos a otros surgen en ella; creo que todos hemos conocido también la estéril lucha de tratar de controlarlos desde la voluntad del ego, lo que habitualmente lleva a su multiplicación, si no a la completa desarmonización del alma al no obtener el resultado deseado. En ese momento, el mejor camino puede ser, paradójicamente, no controlar, es decir, soltar esa voluntad del ego que da vida y fuerza a ese enjambre mental, y poner nuestra atención en el corazón, es decir, en el recuerdo de Dios en nuestra alma.

Si nuestra meta es obtener resultados que satisfagan nuestras pasiones personales sin duda alguna el ejercicio de la voluntad del ego, aunque no pueda asegurarnos el éxito, nos será de gran utilidad, pero si hemos comprendido que lo único que realmente puede llegar a satisfacer nuestro corazón es el Bendito Amor de Nuestro Señor, la renunciación del ego y el aprendizaje del arte de la humildad, se transformarán en un dorado báculo que permitirá podamos sobreponernos a todas las dificultades.

Lo dicho aquí no significa que debemos abandonar las tareas que el cumplimiento de nuestro propio deber nos lleva a realizar en el mundo, por el contrario, significa que es necesario abordar tales tareas con todo el entusiasmo de que nuestro corazón es capaz, porque el entusiasmo es divino y nace de la bondad y la alegría del corazón puro, en la que el ego queda relegado a un segundo plano. El entusiasmo es hijo de la cualidad de la armonía, y no debe confundirse con la ambición personal y codiciosa, hija de la cualidad pasional (*Rajas*), ni con la obcecación, hija de la inercia (*Tamas*).

*“En materia espiritual todo lo que no está iluminado por la pura luz de la humildad está oscurecido por el humo del orgullo”.*

*Macario*

*fr. Quintana*

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## **Enseñanzas de los Bhakti Sûtras**

Las siguientes son algunas de las enseñanzas de los Bhakti Sûtras, el célebre libro sobre el Amor Divino escrito por el Sabio Celestial Nârada

a Devoción a Dios se manifiesta en nuestro corazón cuando realizamos Sâdhanas constantemente. Es

de este modo como nos tornamos merecedores del sagrado don de la Devoción.

Este Supremo Amor se halla vacío de atributos, libre de todo deseo, crece en intensidad instante a instante, día a día. Él es una ininterrumpida experiencia interior, más sutil que lo más sutil.

Cuando un ser humano obtiene ese Amor Supremo, ve a su Gran Amado en todas partes y en todos los seres. Lo oye hablar a través de todas las voces de la Tierra. Este bendito devoto piensa tan sólo en Él, y habla tan sólo de Él.

El Camino de la Devoción es el más fácil para obtener a Dios.

El Amor lleva en sí mismo su prueba, y no requiere de ninguna otra.

Su naturaleza es dar paz y suprema Bienaventuranza.

El devoto de Dios no se angustia por ninguna pérdida personal que pueda sufrir, puesto que ha rendido todo su ser al Señor. Ha abandonado a Sus pies todo cuanto tenía, y cuando decimos “todo”, queremos significar con ello también los ritos y ceremonias ordenados por las Escrituras.

Pero aún cuando el devoto haya alcanzado la Devoción a Dios, sometiéndose completamente a la Voluntad del Señor, aún así no deberá abandonar la realización de sus buenas acciones para el bienestar del mundo. Debe seguir realizándolas, si bien, lo que ha de abandonar es el apego al fruto de dichas acciones.

Las historias sensuales, o las conversaciones acerca de lujuria, ambición y laísmo deben ser cuidadosamente evitadas.

También deben tratar de vencerse sentimientos tales como el orgullo y la vanidad.

Dedica todas tus acciones a Dios, sin importar cuáles sean, ofrécele a Él incluso todas tus pasiones: lujuria, ira, orgullo y otras.

Amor, y sólo Amor al Señor; el Amor como el de una devota esposa, o como el de un fiel servidor, debe ser practicado y puesto a los pies del Señor; Amor, y siempre sólo Amor.

La clase más alta de devotos es aquella que se mantiene unida a Dios por Amor, y sólo por Amor.

El Supremo Amor es conquistado por ininterrumpida adoración a Él.

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## La alegoría de la caverna

*Por Carlos Polyga*

¿Te gustan los mitos?

¿Y las fábulas, cuentos y parábolas?

Sabes que son modos de transmitir grandes verdades acerca de los misterios de Dios, del universo y del hombre. Representan la forma preferida que los sabios y maestros de todos los tiempos utilizaron para transmitir sus enseñanzas. Las vemos aparecer en los Evangelios cristianos: fue la forma favorita utilizada por el Cristo encarnado cuando quería transmitir verdades a sus discípulos. En la literatura hindú, budista, musulmana y judía nos encontramos con una inmensa pléyade de cuentos e historias utilizadas con el mismo fin.

Sabes también que la antigua Grecia es famosa por su mitología. Sus antiguos sabios plasmaron para la posteridad, mediante estas figuras literarias, las santas Verdades Eternas. De entre ellos —muchos anónimos— viene a mi memoria el nombre de Platón. Y junto a él, uno de sus más famosos mitos. Es el que se conoce como “*La Alegoría de la Caverna*”. Si te interesa leerlo lo encontrarás en su obra “*La República*”, capítulo séptimo.

Lo que deseo compartir contigo es una subjetiva interpretación del mismo. Te aclaro que todo mito —como así también los Libros Sagrados— poseen varios niveles de interpretación. Cada nivel depende del grado de conciencia que el lector posee. Ningún nivel es mejor que otro (no vayas a caer en la odiosa trampa de las valoraciones). Si eres un sincero y persistente buscador, comprobarás por ti mismo lo que acabo de decir. Toma un cuento o una parábola que te atraiga; léela cuidadosamente... **siéntela...** y trata de escribir lo que te ha inspirado, lo que has interpretado de ella. Guarda lo escrito y no pienses más en él. Al cabo de un par de años, revolviendo tus viejos papeles, tal vez lo vuelvas a encontrar (si recuerdas hoy que posees viejos escritos haz la prueba con ellos). Entonces vuelve a leer el mismo cuento, vuelve a interpretarlo sintiéndolo y compara ambos comentarios: el antiguo y el actual; seguramente notarás diferencias. ¿Cuál de las dos es mejor? Ninguno. Lo que ocurrió es lo que te contaba antes: tu nivel de conciencia ha variado; ¡y bendito que así haya sido! Pues no te quedaste estancado ni aferrado a un esquema que en algún momento de tu vida te ha servido pero que ahora pertenece al cántaro del pasado.

Bueno, aquí va mi versión del mito. Idéate una gran caverna. En ella encontrarás varios elementos: para empezar, la entrada (o salida); una vez en el interior y opuesta a la entrada, una gran pared (imagínate que esa pared fuera como una gran pantalla de cine); frente a esa pared hay varias hileras de sillas en las que se encuentran sentadas y encadenadas distintas personas, de tal modo que sólo pueden mirar hacia adelante o hacia los costados, pero nunca hacia atrás. Se encuentran en esta situación desde el momento de su nacimiento. Detrás de ellas, y sin que lo sepan, existe algo así como una pasarela (al modo de las que se utilizan en los desfiles de modas) sobre la cual circulan hacia uno u otro lado distintos tipos de seres; algunos van solos, otros portando distintos objetos, otros conversando o emitiendo distintos sonidos. Detrás de esta pasarela se encuentra un gran fuego. El fuego ilumina a los seres de la pasarela y proyecta sus sombras sobre la pared de la caverna. Toda esta situación hace que las personas encadenadas puedan ver las sombras proyectadas sin poder enterarse del origen de ellas, ignorando que son sólo sombras y tomándolas por entes reales. El eco natural del

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

recinto expande el sonido producido por los seres de la pasarela y las personas encadenadas creen, en su ignorancia, que provienen de las mismas sombras proyectadas.

Supón ahora que por alguna razón uno de los seres encadenados logra zafarse de sus grilletes. Por innata curiosidad girará su rostro y de este modo descubrirá un mundo nuevo para él. Verá la pasarela y los seres que por ella transitan. Incentivado por ese descubrimiento, seguirá avanzando en su investigación. Ya no es la simple curiosidad la que lo empuja; ella se ha convertido en ansias de saber. Llegará hasta el fuego y deducirá correctamente que lo que durante toda su vida tomó por realidades que le producían placeres y dolores, sólo son sombras, proyecciones más o menos desfi de Realidades Mayores. Todas estas nuevas experiencias irán afirmando su seguridad y confianza en sí mismo. El conocimiento obtenido por sus descubrimientos le da bríos para proseguir el camino. Por fin descubre el hueco de entrada de la caverna. Nota que a través de él a veces penetra una claridad distinta a la que hasta ahora conocía, y a veces sólo percibe oscuridad o apenas un tenue resplandor. Seguro de sí mismo, decide salir de la caverna cuando a través de su entrada penetra la mayor claridad... pero sus ojos no están acostumbrados a ella; el impacto de tan fuerte luz le produce un gran dolor y lo deja momentáneamente ciego. Vuelve a la caverna maldiciendo el momento en que dejó la silla en la cual estaba encadenado, cómodo, sin demasiado problemas en su vida... pero se da cuenta que ya no puede retornar a ella dado que ahora **conoce** la irrealidad de su antiguo mundo. No le queda otra opción que quedarse donde está o seguir adelante. Calmado sus ánimos luego de esta dolorosa experiencia y más reflexivo a causa de ella, con el discernimiento más claro, intenta nuevamente salir de la caverna. Lo hace cuando no entra luz a través del hueco. Al subir a la superficie descubre un nuevo mundo con objetos y seres jamás imaginados. No los puede distinguir bien dado que todo se halla iluminado por la tenue luz lunar. Con gran felicidad por la visión de lo nuevo regresa a la caverna. Volverá a salir al amanecer cuando la claridad aún no es muy fuerte. De este modo irá acostumbrando sus ojos hasta que por fin puede salir a plena luz del mediodía contemplando, por fin este nuevo mundo de belleza y colores jamás soñado por él allá en la lobreguez de la caverna.

Por fin realiza la ultérrima contemplación del Sol; y en un acto de final discernimiento toma conciencia de que el Astro Rey es la Causa Prístina de toda vida y de toda luz.

Hasta aquí el relato. Lo que sigue es mi modo de interpretarlo.

Los hombres encadenados a sus asientos, que toman las sombras por realidades, somos cada uno de nosotros que vivimos en este mundo el cual percibimos a través de nuestros sentidos. El mito nos muestra que este mundo sensible no es más que un reflejo o una sombra más o menos deformada de otras realidades más sutiles.

El hombre que se desencadena de su asiento representa a todos los seres humanos que empiezan a sentir dentro de ellos la posibilidad de que, allende este plano sensorio, pueden existir otros de mayor Belleza, Armonía y Paz, y comienzan a buscarlos. El móvil que les impele a esta búsqueda puede ser de distintas clases. Tal vez la mera curiosidad; tal vez las modas por lo místico o lo oculto; o quizás la insatisfacción que siente ante un vivir cotidiano carente de sentido.

Lo cierto es que si el personaje de nuestra historia es un buscador serio, poco a poco irá trasmutando la curiosidad inicial en **fuerza de amor**.

Creo que ya habrás deducido que el viaje de nuestro personaje es hacia su propia interioridad, representando el conjunto de la caverna todo el mundo emocional y mental

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

con sus distintas gradaciones. La realidad exterior a la caverna nos habla de la dimensión de lo Inteligible, del mundo de las Realidades Eternas. Por último, el Sol representa la imagen simbólica del Ultérrimo Ser, de la Conciencia Absoluta, de la Dicha Eterna, es decir... de **Dios**.

Otro detalle que me parece importante: la ceguera de nuestro personaje. A mi modo de ver, representa el peligro de la seguridad egoísta en sí mismo y en sus propias fuerzas para transitar el sendero. Llamo seguridad egoísta a la confianza puesta sólo en las propias fuerzas del ego. Tal vez al principio no represente un problema, pero tarde o temprano deberá transmutar esa falsa seguridad en **devoción a la Verdad, a Dios**. De lo contrario no podrá soportar la inconmensurable luz de lo Divino. Si es un alma madura y sincera, esa momentánea ceguera le hará reflexionar y desarrollará en él la suprema virtud que le abrirá las puertas a Lo Divino: **la humildad**.